

Juan Valera y las letras americanas

Marta Cristina Carbonell

La unidad de civilización y de lengua, y en gran parte de raza también, persiste en España y en esas repúblicas de América, a pesar de su emancipación e independencia de la metrópoli. Cuanto se escribe en español en ambos mundos es literatura española, y, a mi ver, al tratar yo de ella, propendo a mantener y estrechar el lazo de cierta superior y amplia nacionalidad que nos une a todos¹.

Con este declarado propósito, que no perdería ocasión de reiterar en los años siguientes, había dado comienzo Juan Valera en febrero de 1888 y desde las páginas de *El Imparcial*, a la serie de colaboraciones que acabarían dando lugar, poco después, a los volúmenes recopilatorios de *Cartas Americanas* (Madrid, Fuentes y Capdevila, 1889) y *Nuevas Cartas Americanas* (Madrid, Fernando Fe, 1890). Páginas en las que dicha voluntad no se agota, sin embargo: en 1901, el volumen que titulará *Ecos Argentinos: apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX* (Madrid, Fernando Fe) acogerá las cartas que, dirigidas a los periódicos bonaerenses *El Correo de España* (de agosto de 1896 a octubre de 1897) y *La Nación* (de abril de 1899 a noviembre de 1900), no querrán descuidar aquel siempre activo deseo de velar por «la unidad de civilización que la falta de unidad política no ha destruido», y que, de este modo, van a entreverar ahora el compromiso explícito de proporcionar a los lectores de ultramar una panorámica mensual acerca de la actualidad literaria y artística de la Península, con aquel viejo y firme empeño, nuevamente esgrimido:

Como yo considero literatura española todo cuanto se escribe en nuestra lengua, aunque el autor no sea súbdito de esta monarquía, sino ciudadano de cualquiera de las repúblicas que fueron nuestras colonias, seguiré dando noticia de los libros hispano-americanos que lleguen a mi poder, y juzgándolos con imparcialidad cuando no con el reposo y con el tino convenientes².

¹ J. Valera, *Nuevas Cartas americanas*, Madrid, Fernando Fe, 1890; p. V.

² J. Valera, *Carta a El Correo de España fechada el 22-III-1897*; en *Ecos Argentinos*, Madrid, Fernando Fe, 1901; p. 130.

Son éstas, en efecto, las claves desde las que Valera insistió siempre en defender su personal contribución a la necesaria tarea de ensanchar los cauces de la comunicación intelectual entre España y las jóvenes repúblicas de la América española; tarea de divulgación y crítica saludada a este lado del Atlántico con abierta satisfacción, y que pronto hubo de valerle el reconocimiento de ser tenido por «el primero y más entusiasta americanista de España»³ pero que, al mismo tiempo, no escaparía a la censura –ya severa, ya maliciosa– de quienes, conocedores del fino talante de humorista del escritor cordobés, no pudieron menos que notar el sobrevuelo de su tan decantada ironía escéptica en la generosa benevolencia de juicio con que dicho empeño iba cobrando forma, ya desde la primera serie de *Cartas Americanas*.

Son unas *Cartas* que el epistolario de Juan Valera revela nacidas en circunstancias de auténtico apremio económico, y cuya andadura inicial, a lo largo del año 1888, va a responder así, en buena medida, al dictado apresurado de la necesidad: confesando escribirlas «de prisa y sin consultar libros»⁴, Valera admitirá sin reservas la bondad de las puntualizaciones y advertencias que un siempre atento Marcelino Menéndez Pelayo –preparando por entonces sus introducciones a la *Antología de poetas hispanoamericanos*– se apresta a comunicarle amistosamente, y fiará a una posterior edición en forma de libro la oportunidad de subsanar aquellos errores de documentación que pudieran, en su redacción apresurada, contener. Tanto más cuanto que no tardará en recibir el estímulo que supondrá la noticia del éxito y la proyección que van adquiriendo en los países de aquella América que nunca quiso llamar Latina, donde su reproducción en los periódicos propiciará amplio diálogo, periodístico y epistolar, con su autor⁵: un

³ Así lo calificaba Antonio Rubió y Lluch, a quien el propio Rubén saludaba como «el Menéndez Pelayo de Cataluña» desde las páginas de *España Contemporánea*, al dar comienzo a los «Comentarios a las Cartas Americanas de D. Juan Valera» que publicaría en enero de 1890 en el diario bogotano *El Correo de las Aldeas*, recogidos posteriormente en sus *Estudios Hispano-Americanos* (1889-1922), Bilbao, *Eléxpuru Hermanos*, 1923, por donde citamos; véase p. 60.

⁴ Carta a M. Menéndez Pelayo de 5 de septiembre de 1888. Cf. M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, IX (ed. M. Revuelta Sañudo), Madrid, F.U.E., 1985; p. 288. En el mes de julio del mismo año, le indicaba a su mujer, Dolores Delavat: «Veremos... si escribo más cartas para *El Imparcial*. De las 16 que he escrito sólo 2 están por pagar; que serían 120 pesetas. Menester es escribir más». Y pocos días después, al empezar el mes de agosto: «Voy a ver si escribo pronto otra [Carta Americana] para tener siquiera 24 duros más». Cf. J. Valera, *Cartas a su mujer* (ed. C. De Coster y M. Galera), Córdoba, Diputación Provincial, 1989; pp. 186 y 196.

⁵ «Aunque están en suspenso las Cartas Americanas, no desisto de seguir escribiéndolas, tanto más cuanto que hacen efecto en América, y los periódicos de por Allá las copian y aun

diálogo del que Valera se enorgullece, y del que las propias *Cartas*, en entregas sucesivas que buscan asegurarse así una promesa de continuidad, se harán eco, adquiriendo puntualmente el sesgo del debate y la polémica en términos, que desborda en mucho nuestra intención el reseguir aquí, pero cuyo punto de arranque, es de notar, debe buscarse en aquella consabida intención, así expresada en las páginas de sus *Nuevas Cartas Americanas*:

Dicen que yo soy muy escéptico, pero creo en multitud de cosas en que los que pasan por creyentes no creen, y entre otras creo (por manera vaga y confusa, es verdad) en los espíritus colectivos. Mi fantasía transforma en realidad sustantiva lo que se llama el genio de un pueblo o de una raza (...) Disuelto ya el Imperio, no hay más recurso que resignarse; pero no debe disolverse, ni se disuelve, la iglesia, la comunidad, la cofradía, o como quiera llamarse, que venera y da culto al genio único que la guía y que la inspira. Todos debemos ser fieles y devotos a este genio. Yo, además, me he atrevido a constituirme, al escribir las *Cartas americanas*, en uno de sus predicadores y misioneros. ¡Ojalá se me perdone el atrevimiento en gracia del fervor que le da vida en mi alma!⁶

Sobre la base de este sentimiento, que teje una inconfundible línea de continuidad bajo los sucesivos asedios que, al correr de los años, fue dedicando a las letras hispanoamericanas, y del que aquí queremos, brevemente, ocuparnos, la mirada crítica que Juan Valera proyecta sobre el mosaico de obras, autores y literaturas nacionales que encuentran eco a lo largo de las dos series de *Cartas Americanas* y, en cierta peculiar medida, en *Ecos Argentinos*, se complace en contemplar a Hispanoamérica como la gran reserva cultural y espiritual española, depósito de lo que denomina «nuestra inmortalidad colectiva», y se afana, en consecuencia, por subrayar la pervivencia, en las letras y los literatos de Ultramar, de las señas de identidad españolas. Desde la conciencia, una y otra vez subrayada, de vínculo indisoluble de la lengua fraternalmente compartida, la hispanofilia que recorre las *Cartas* corre parejas con la abierta prevención que Valera muestra, por de pronto, hacia las manifestaciones de lo que repetidamente denomina «americanismo», así como hacia la esterilidad de todo cosmopolitismo que, con la mirada teñida por el seductor influjo francés, olvide que la

contestan a ellas con largos artículos» (Valera a Menéndez Pelayo, 27 de julio de 1888. Cf. M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, IX, cit., p. 268).

⁶ J. Valera, *Nuevas Cartas Americanas*, cit., pp. 92-93.

verdadera originalidad nacional debe brotar de la siempre fecunda raíz española.

Así, y en estos mismos términos, alabará los versos de Rafael Obligado en la sección dedicada, en la primera serie de *Cartas*, a la *Poesía Argentina*, donde subrayará asimismo la presencia del «genio castizo o español» allí donde, a su juicio, menos se aprecia el influjo francés: en la poesía lírica y narrativa; se ocupará con detenimiento de la voluminosa compilación de Julio Añez, *Parnaso Colombiano* (1886), en cartas dirigidas a su prologuista, José Rivas Groot, lamentando el profundo desconocimiento, en España, de la calidad del movimiento intelectual en Colombia: ignorancia difícilmente disculpable por cuanto

La literatura de su país de usted es parte de la literatura española, y seguirá siéndolo, mientras Colombia sea lo que es y no otra cosa. No quita esto que se dé diferencia dentro del género; que en la unidad quepa la variedad con holgura; que sobre la condición general de españolismo se note en toda obra del ingenio de Colombia un sello especial y característico, y menos impide que, con el andar del tiempo, pueda llegar lo que Colombia intelectualmente produzca a igualar y aun a superar en mérito y en abundancia la producción literaria de esta Península⁷.

Y ponderará, del mismo modo, el interés de la obra póstuma de Miguel Luis Amunátegui, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile* (1888), a la que dedica largas páginas desde la satisfacción de leer, de pluma de su autor, que «Chile es un fragmento de España transportado al Pacífico por ese aluvión llamado Conquista de América»⁸.

Una Conquista cuyo valor civilizador reaparece y se ensalza con insistencia en aquellas *Cartas* que, compiladas en la «segunda serie» —algo más heterogénea que la primera, y donde mejor se advierte, asimismo, aquel desorden temático que tanto estorbaba a Menéndez Pelayo⁹—, le permiten abordar la cuestión del indigenismo y la herencia cultural española en fechas que van ya aproximándose a las con-

⁷ J. Valera, *Cartas Americanas*, Madrid, Fuentes y Capdevila, 1889; p. 138.

⁸ J. Valera, *Cartas Americanas*, cit., p. 239. «La historia literaria de Chile —apostilla Valera— forma parte, pues, de nuestra historia literaria».

⁹ Ya en agosto de 1888 le reprochaba a Valera que, a pesar de la elegancia y discreción que caracterizaban sus cartas, «no apruebo la manera desordenada con que se presentan... yo creo (y perdone Vd. Esta impertinencia) que todos los lectores de las amenísimas cartas de Vd. agradecerían mucho que Vd. acabase cada tanda o serie de cartas sobre un mismo asunto antes de emprender con otro. De este modo las cartas pueden fácilmente formar un libro, y del otro se exponen a perderse y quedar como inéditas». Cf. M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, IX, cit., p. 283.

memoraciones de 1892: así, las dedicadas al *Vocabulario rioplatense razonado*, de Daniel Granada o, desde luego, las que dirige al erudito escritor ecuatoriano Juan León Mera bajo el epígrafe *La poesía y la novela en Ecuador*, deteniéndose en su novela *Cumandá* y en su estudio *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*.

Pero son sin duda las dos cartas que, fechadas en octubre de 1888 –y recogidas, por lo tanto en la «primera serie»– dedica al joven Rubén Darío desde esta misma perspectiva de análisis, las que más han contribuido al reconocimiento que esta sostenida labor de divulgación y crítica que Valera emprende, aquel mismo año, en *El Imparcial*, ha de merecer: estimulado por el sugerente título de *Azul...*, Valera confesará adentrarse en la lectura de éste que juzga sorprendente «folleto», preguntándose:

¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido usted asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que a una y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia? Yo no creo que se ha dado jamás caso parecido con ningún español peninsular. Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones (...) La cultura de Francia, buena y mala, no pasa nunca de la superficie. No es más que un barniz transparente, detrás del cual se descubre la condición española. (...) Estando así disculpado el galicismo de la mente, es fuerza dar a usted alabanzas a manos llenas por lo perfecto y profundo de ese galicismo, porque el lenguaje persiste español, legítimo y de buena ley, y porque si no tiene usted carácter nacional, posee carácter individual¹⁰.

Es esta «poderosa individualidad de escritor, en cuyo crisol se funde con naturalidad la mejor vena francesa con la esencia genuinamente española, el eje sobre el que Valera articula en estas páginas una lectura crítica que va a constituir la más temprana y meritoria carta de presentación de un por entonces desconocido Rubén Darío, y cuyas claves se mantienen intactas cuando, cuatro años después, le indica a su siempre atento corresponsal y amigo Menéndez Pelayo:

Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además no

¹⁰ J. Valera, *Cartas Americanas*, cit., pp. 215-216.